

Vendetta oscura

Eric Trautmann

—Vamos, Corwin. ¡Andando!

Darrin Arkanian arrastraba a su compañero humano detrás de él atravesando el oscuro callejón donde se empapaban. Encima de ellos, las agujas de la ciudad de Coruscant se extendían increíblemente alto, aún visibles a pesar del hecho de ser medianoche. Las pasarelas y balizas de transporte, la luz de las estrellas, el brillo de una procesión interminable de anuncios chillones, y lámparas globo, se extendían desde el Centro Imperial, bañando la ciudad con una tenue luz gris claro. Sin embargo, el callejón estaba excepcionalmente oscuro; algunas de las lámparas globo que normalmente iluminaban este camino parecían estar estropeadas.

El joven humano, Corwin Shelvay, tropezó jadeando disculpas al anciano sullustano.

—Lo siento, Maestro Arkanian... No puedo. —La voz de Shelvay era un ronquido, un graznido patético, y el jovencito estaba demacrado, desnutrido y vestía las cicatrices de un brutal interrogatorio imperial.

—Cálmate, Corwin. Recuerda tu entrenamiento —le animó Arkanian—. Si no lo haces, no vamos a conseguir salir de aquí.

Delante había un jardín pequeño, una diminuta extensión era todo lo que separaba a la pareja de la estación de transporte y, finalmente, el carguero que esperaba para sacarlos de Coruscant.

—Una vez que nos reunamos con el Capitán Rashh, pronto habremos abandonado el planeta, muchacho —dijo Arkanian, esperando persuadir a Corwin para que acelerara—. Confíemos que sea puntual, ¿eh?

—Yo no me preocuparía por eso en tu lugar, Maestro Arkanian. —La voz que retumbaba desde el patio goteaba con amenaza—. Dudo bastante que cumplas tu cita con el piloto rebelde.

El Jedi sullustano se movió hacia el origen de la voz, desenganchando rápidamente su sable de luz del cinturón. Ante la reacción de Arkanian, una sarcástica sonrisa se dibujó en la boca del recién llegado mientras caminaba desde las sombras hacia la tenue luz del patio.

Esbozando un saludo burlón, la figura de negra vestimenta anunció.

—Soy el Gran Inquisidor Tremayne. Creo que tu joven acompañante se acuerda de mí. —Tremayne se encontró con la mirada fija de Corwin.

Corwin había caído sobre sus rodillas en respuesta a la presencia de Tremayne, un suave, débil gemido, escapó de sus labios agrietados y sangrientos.

—No... otra vez no... —susurraba.

—Estoy muy impresionado con Shelvay —continuó Tremayne indiferente, como si estuviese discutiendo sobre el tiempo o los resultados de una reciente carrera de vainas—. Aguantó la entrevista más intensa que nunca he dirigido. Tengo ganas de probar esa firmeza otra vez.

Arkanian encendió su sable de luz, la hoja azul claro zumbaba mientras el Jedi sullustano se preparaba para defender a su estudiante.

—No te acerques a él —dijo con una mirada claramente desafiante escrita en sus rasgos no humanos.

Tremayne encendió su sable de luz y lanzó una serie rápida y cegadora de fintas y ataques, aunque su brillante hoja verde era claramente bloqueada por el sable de Arkanian, mientras las titilantes armas zumbaban y chispeaban en una violenta danza de luz.

—Eres bastante bueno, Maestro Arkanian —remarcó Tremayne—. Puede que incluso mejor que yo con un sable de luz. Es una lástima que no te unas a mí, alienígena.

—Mi aliado es la fuerza, joven malvado —repuso Arkanian—. Un aliado fácilmente capaz de terminar con tu reino de terror.

Shelvay miraba horrorizado, incapaz de hacer nada más que retroceder gateando a las sombras. No vio las figuras armadas escondiéndose en el callejón hasta que le apuntaron y ordenaron permanecer quieto.

Tremayne había traído refuerzos.

La batalla en el patio se había estancado, los combatientes giraban en círculo vigilando a su adversario.

—¡Basta! —increpó Tremayne a sus aliados—. Tropas, matar al muchacho si el alienígena no tira su arma. —Girando para encararse con el Maestro Jedi sullustano, Tremayne gruñó—: Tu elección, Jedi. Ríndete y el chico vive. Resiste y morirá.

A regañadientes, Arkanian desactivó su sable de luz.

—Dejad que el chico se marche. No os sirve para nada —dijo tranquilamente Arkanian—. Liberad a Corwin, e iré tranquilamente.

—Estoy seguro de que lo harás —replicó Tremayne. En un lento movimiento, el Gran Inquisidor inclinó su sable de luz sobre el indefenso sullustano. Arkanian cayó al suelo, un conmocionado y sofocado grito de muerte escapó de sus labios mientras su sable de luz desactivado se alejó rodando.

Al fin, pensó Tremayne. *Finalmente he vencido a un Maestro Jedi*. El Gran Inquisidor contempló al sullustano, una sonrisa humana de triunfo se dibujó en su cara al alejarse del Jedi caído.

—Bueno, Maestro Arkanian —se mofó—, parece que tu viaje ha terminado. Y pronto tu estudiante se unirá a ti. O quizás —una fingida sonrisa de satisfacción retorció sus angulares rasgos— se una a mi Maestro. Al Emperador puede serle útil alguien tan resistente como Shelvay.

El triunfo de Tremayne sólo duró un momento. El Gran Inquisidor se giró hacia Shelvay y se dio cuenta de que el demacrado aprendiz de Jedi ya no estaba inmóvil. Tremayne sintió una breve conmoción en la Fuerza, manchada por el lado oscuro. Shelvay alargó su mano y el sable de luz de Arkanian voló atravesando el patio a su mano. Con un áspero grito, Shelvay atacó, la hoja azul claro martilleaba sobre la defensa de Tremayne apresuradamente preparada.

La hoja de Corwin silbó como una bestia enrabada al contactar con el arma del Gran Inquisidor, e implacablemente embistió cada vez más cerca de la cara de Tremayne. Intentando maniobrar atrás del aprendiz de Jedi, el Gran inquisidor se preparó para dar un paso lateral y cortar con su arma el cuello de Shelvay, una finta clásica que Tremayne había perfeccionado con meses de concienzuda práctica.

Tremayne apenas tubo un momento para sorprenderse con el arco impredecible de la hoja de Shelvay, el poco ortodoxo movimiento, para el que Tremayne —demasiado seguro de sí mismo en su habilidad de defenderse— no estaba preparado. La hoja de Shelvay dañó el brazo del Gran Inquisidor justo debajo del hombro, y luego acuchillo su cara en el movimiento de vuelta, cegándolo y llenándolo de dolor, miedo y oscuridad...

Tremayne podía sentirse flotando, una sensación nada placentera, acrecentada por el hecho de ser imposible saber qué lado era hacia arriba. Abrir sus ojos no iba a ayudar de todas formas; su ojo izquierdo sólo registró una imagen borrosa gris claro, y el derecho no

respondía en absoluto. Una sensación ardiente cubrió su cara, y un frío y vacío dolor envolvía su hombro derecho. Sintió sucumbir al delirio, como si se ahogase en un remolino negro como la tinta, una vorágine que parecía estirar de él y escupirlo fuera...

...En los brazos de su madre, inmediatamente después de su decimoquinto aniversario. El barbudo y tranquilo hombre que había venido a visitarlos había dicho que Tremayne estaba dotado y podría empezar su entrenamiento Jedi. Su madre lloró con placer y orgullo...

...Al igual que él se erguía con orgullo entre los otros estudiantes Jedi. Había estudiado bajo la tutela del Maestro Kylanu durante tres años y estaba complacido con su progreso, a pesar de que Kylanu había indicado alguna insatisfacción con la vanidad de Tremayne. *Un Jedi no se preocupa tanto por las apariencias, Tremayne*, sermoneaba el Maestro Jedi. *Se preocupa por la verdad...*

...Y la verdad es, dijo el mensajero durante la reunión privada, *que el mismísimo Palpatine está interesado en eliminar la corrupción que ha empezado a pudrir la orden Jedi. Y tú, Tremayne, has sido elegido para ayudarlo. Palpatine está convencido de tu habilidad, integridad y lealtad. Deberías entrenarte bajo la supervisión de su mano derecha, Darth Vader...*

...Vader, de pie como una estatua de obsidiana, en la entrada principal de una de sus muchas fortalezas privadas, dio la bienvenida a Tremayne como a un hijo. *La orden Jedi se marchita, Tremayne*, le había dicho Vader, *y rechaza permitir que recién llegados como tu alcancen su máximo potencial.*

Te enseñaré, Tremayne, dijo Vader amablemente. *Te enseñare todo lo que necesitas saber para restaurar la antigua gloria de los Caballeros Jedi. Buscaras a los traidores, y juntos restauraremos los conceptos de orden y justicia en la galaxia...*

...Y Tremayne cayó otra vez en la oscuridad...

Tremayne estaba tumbado en la cama médica, flexionando su nuevo brazo cibernético. Había visto recientemente su reflejo. Mientras que el lado izquierdo de su cara estaba intacto, el derecho estaba horriblemente desfigurado. Los nuevos implantes hacían parecer las grotescas heridas aun más temibles. El droide médico reveló que el mismísimo Darth Vader había ordenado el uso de tan inatractivos prostéticos, como señal del disgusto del Señor Oscuro con el fracaso de su estudiante. Meditando sobre la batalla, Tremayne sabía que había fracasado, gravemente. Shelvay —¡un mero novato!— había sido mejor que él, a pesar de sus años de entrenamiento, un hecho que hacía hervir la rabia del Gran Inquisidor cada vez más violentamente.

La puerta de la bahía medica siseó al abrirse, y Tremayne sintió una gélida puñalada de miedo calmando su amontonada rabia al entrar Lord Vader en el cuarto. Con una mirada, el gigante armado envió los droides cirujanos y ayudantes humanos fuera de la habitación a toda prisa. Un Señor Oscuro de los Sith enfadado es efectivamente una cosa a temer.

—Mi señor —susurro Tremayen, bajando la cabeza—, ruego perdón.

—Estoy muy decepcionado, aprendiz —gruñó Vader—. Tenías un Rebelde, un Jedi en potencia, en tus manos y no sólo fallaste en obtener información útil, sino que permitiste a su Maestro rescatarlo, del mundo del trono del Emperador, además.

—No puedo entenderlo, mi señor —dijo Tremayne—. Shelvay aguantó un completo interrogatorio de Inteligencia antes de que me entrevistara con él. COMPNOR reportó que estaba físicamente agotado, pero mentalmente capaz de soportar sus pruebas más fuertes. Incluso mis más... persuasivos métodos fallaron en debilitar su lengua. —Tremayne se pausó, bajando su voz a un susurro—. Debería haber sucumbido.

—En cambio, pudo contigo, Inquisidor —siseó Vader sarcásticamente—. Lo hizo con

bastante facilidad, si los informes médicos son de fiar.

—Deme otra oportunidad, mi señor. —Tremayne levantó la mirada bruscamente, su ojo restante radiaba deshonra y rabia en igual medida—. Aplastaré el espíritu de ese novato y traeré su cuerpo inerte para ti como trofeo.

—¿Seguro? —goteó la voz de Vader con burlona diversión—. ¿Y qué pasa con Arkanian? Seguro que protege al muchacho.

—Arkanian está muerto, mi señor —replicó el herido Inquisidor.

—Excelente. Arkanian ha sido una irritación para el Emperador durante demasiado tiempo. Afortunadamente para ti, Tremayne, estoy de humor indulgente. —Vader se inclinó hacia él, y el aire en la bahía médica pareció llenarse de amenaza de repente—. No vuelvas a fallarme.

Tremayne habló levantando su cabeza, su voz era ronca con una mezcla de alivio, rabia y deshonra.

—No fallaré, Maestro.

Sin otra palabra, Vader se marchó, dejando al Gran Inquisidor planificar su próxima entrevista con Corwin Shelvay.